

La habitación de ébano

Francisco Javier Ruiz García



Capítulo 1

Todas las noches sucede lo mismo. Intento por todos los medios no dormirme. No quiero volver a la pesadilla, a la habitación de ébano y no quiero ver al búho.

Trato de mantenerme despierto, generalmente leyendo, pero me es imposible aguantar hasta más de las dos de la madrugada. Como si algo en mi interior disfrutara de mi sufrimiento y me llamara, al llegar la hora los párpados se me empiezan a cerrar. Las sombras se me hacen más oscuras y la luz comienza a molestarme. Al principio solo es un pequeño desvío involuntario de la vista, un parpadeo muy pesado, algo puntual. Tomo aire y me revuelvo en la cama, ahueco un poco la almohada y trato de mantenerme despierto y seguir leyendo. Sé que el búho me espera en la pesadilla.

Así tumbado, boca arriba con la cabeza inclinada hacia delante, pronto me empieza a doler el cuello. En las manos siento un hormigueo. La postura dificulta que la sangre llegue al extremo de los dedos, y sujetar el libro se me hace algo más pesado.

Echo un vistazo al resto de la habitación. Está bastante desordenada. Los libros, que ya no caben en las estanterías, se amontonan por el suelo en montones que alcanzan el metro de alto. Los rincones del cuarto están llenos de polvo, pelusas y ropas sucias. Las gruesas y oscuras cortinas agujereadas por las polillas tampoco están en mejor estado. Hace tanto tiempo que dejé de lado la higiene que no recuerdo la última vez que se limpió a fondo la habitación. La luz de una única y vieja bombilla, que cuelga desnuda del techo, baña el cuarto de un rancio tono anaranjado. Sé que todo sigue igual que hace unas horas, cuando el sol entraba por la ventana, pero ahora algo me resulta incómodo. La quietud en la que permanece todo me produce cierto desasosiego irracional que me hace apartar la vista y fijarla en el libro, como si temiera ver algo o a alguien que no debiera estar ahí.

Llegados a este punto, la lectura se vuelve muy densa, árida. Necesito releer varias veces cada párrafo para enterarme de qué estoy leyendo, pero mi mente se dispersa. La vista se me emborrona y oscurece, los dedos se me duermen y el libro se mece hacia un lado. Cuando está apunto de caerse doy un fuerte respingo. Pestañeo varias veces y abro mucho los ojos para despejarme, con dificultad trago saliva y me mojo los labios con la lengua. Con la sensación de haberme quedado dormido durante horas miro el reloj, y sin embargo apenas ha pasado un minuto.

Vuelvo a sujetar el libro frente a mi y leo de nuevo la primera línea. Y

entonces, oscuridad.

Cuando abro de nuevo los ojos estoy de pie, las piernas me tiemblan y siento una aguda punzada en el estómago. Llevo puesto el viejo traje de los domingos y los desgastados zapatos de piel que me regaló mi padre antes de morir. Me falta el aire y una gota de sudor frío empieza a recorrerme la espalda. Estoy en la pesadilla.

Me encuentro de nuevo en esta habitación, que me resulta ya angustiosamente familiar. Apenas hay luz, y desconozco de donde procede la poca que me deja ver. La oscuridad es casi total. El color de las paredes tampoco facilita el moverse allí dentro. Tanto estas como el techo y el suelo son de madera de ébano, de un color marrón oscuro, muy cercano al negro. Al tocar las paredes y fijando la vista, se pueden distinguir numerosas tallas florales, cuidadosamente elaboradas, que recubren toda la habitación.

El único sonido que hay en toda la sala es el de mis pasos, sonidos que retumban más de lo que deberían, como golpes de tambor.

En la habitación no hay prácticamente nada. Ya la conozco demasiado bien. La he explorado tantas noches que incluso estando despierto la sigo viendo. No es muy grande, apenas un poco más amplia que mi habitación. No hay puertas, ni ventanas. Aún así, siempre la recorro nervioso, tratando de encontrar alguna forma de salir. Pero nunca la hay.

En los extremos de la habitación la oscuridad es aún mayor, y no alcanzo a divisar siquiera si lo que veo es un rincón del cuarto o un vacío negro e infinito. Esto me produce otra punzada en el estómago y una sensación de vértigo que, a veces, me hace incluso vomitar.

Un aleteo llama siempre mi atención a los pocos minutos de comenzar. Viene del centro de la sala. Hay aquí una mesa, también de madera muy oscura. Es grande, ovalada y pesada y sobre ella, en el centro, se alza una rama de olivo. Allí posado se encuentra el búho. No sabría decir si su plumaje es realmente gris o es debido a la poca iluminación que hay. Sin embargo, contrasta con el resto de la habitación. Sus redondos y desproporcionadamente grandes ojos amarillos se clavan en los míos y ya no se apartan de ahí.

Siempre permanezco inmóvil frente a él. No me salen las palabras, a pesar de querer hacerlo. Es como si una garra tirara de mis cuerdas vocales desde dentro y me impidiera articular sonido alguno. No sabría decir cuanto tiempo permanezco así, delante del animal. Siento que me examina y, de alguna forma, me juzga. Me siento intimidado, débil e incómodo y noto como la camisa se me pega a la espalda, empapada en

sudor.

Aunque en realidad se lo que va a suceder, aunque aparezco en esa habitación todas las noches y tengo los acontecimientos grabados en lo más profundo de mi memoria, es como si siempre desconociera lo que va a pasar a continuación. O mejor dicho como si esperara que esa vez fuera a ocurrir algo diferente. Y es que una bestia aparece en el cuarto, se materializa llegado desde ninguna parte. Algo enorme. Una figura de más de dos metros de altura. Nunca he alcanzado a distinguir bien sus rasgos, pues pronto empiezo a correr, pero puedo ver que su aberrante cuerpo es mitad hombre, mitad toro.

Antes de que pueda darme tiempo siquiera a interiorizar lo que está sucediendo, me descubro a mi mismo dando zancadas por la sala seguido de la imponente bestia. Lo hacemos al rededor de la mesa, como si de un grotesco juego de niños se tratara.

Al principio, y aunque como ya he dicho siempre sucede lo mismo, me sorprende al darme cuenta de que se desliza sin hacer ruido como si flotara, pero entonces me percato de que mis pisadas tampoco suenan. Las paredes de la habitación se vuelven entonces borrosas, adquieren una textura acuosas, como si fueran a derramarse en cualquier momento, y yo me vuelvo muy lento. Como si me estuviera petrificando lentamente, mis pasos se vuelven muy pesados. Lo mismo sucede con mi respiración. Todo mi ser se mueve a cámara lenta, pero solo parece afectarme a mí, pues la criatura mitad hombre mitad bestia sigue corriendo detrás mío al mismo ritmo. A pesar de ello, no me alcanza tan rápido como debería. La distancia que me separa de ella disminuye muy poco a poco.

En este punto, tras varios segundos de persecución, la habitación se convierte en una cúpula y del techo se descuelgan unas gruesas cadenas, que se mecen con algún tipo de corriente de aire que yo no alcanzo a sentir, produciendo un constante tintineo metálico. Es lo único que se escucha durante un buen rato. Hasta que el búho habla.

La mirada del búho no se ha apartado de mi en toda la persecución, como si estuviera disfrutando de mi angustia. Llegados a cierto punto parece temblar, abre mucho el pico y ladea la cabeza. De su interior sale una risa sádica y gutural que, por un momento me hace olvidar a mi perseguidor e incluso el cambiante y oscuro habitáculo en el que me encuentro. Las carcajadas me destrozan los tímpanos, siento como si fueran a poseerme y mi cabeza fuera a estallar. Un sonido tan atroz que solo podía ser obra de un demonio. El violento temblor del ave aumenta en intensidad y velocidad. Y entonces, a la vez que ríe, empieza a susurrar. Ese maldito susurro. Esas palabras se han grabado en mi cerebro hasta obsesionarme. Incluso estando despierto siento como si alguien me las soplara detrás de la oreja. Me es imposible sacármelas de la cabeza. ¿Que qué dicen? No puedo saberlo. El animal habla en algún idioma antiguo que no alcanzo a

identificar, y que juraría ningún ser humano sobre la tierra podría haberlo hecho jamás. Al escucharlo me siento diminuto, frágil, como si se me estuviera descubriendo el sentido mismo de los secretos de la vida, como si estuviera viendo las entrañas de la existencia. Secretos que me son desvelados burlonamente por un ser que escapa a cualquier comprensión humana, a sabiendas de que mi ridícula mente jamás podría llegar a entenderlos. Y esto le llena de placer. Palabras más antiguas que el hombre y que el propio universo. Palabras de un lugar más remoto que cualquier confín de la tierra e incluso del espacio.

Habla cada vez más deprisa y los sonidos se agolpan en mi cabeza en una estridente cacofonía de susurros. Todo se superpone, las imágenes y los sonidos. Mi agonizante carrera a cámara lenta, la bestia que me persigue, el búho que se ríe y susurra con sus enormes ojos amarillos clavados en los míos y el incesante tintineo de las cadenas. Entonces la cobardía se apodera de mí. Un miedo que jamás he llegado a experimentar fuera de esa habitación. Me embota los sentidos y casi me hace perder la cordura, me hace querer arrancarme la piel a tiras y terminar con todo. Solo quiero parar y morir. Entonces me detengo y me acurruco en el suelo, esperando que la criatura mitad hombre mitad toro me destruya bajo la burlona y sádica mirada del búho. Los sonidos se acentúan. Siento como la habitación se cierra sobre mí, encogiéndose y el eco de las carcajadas demoníacas retumbando en todo mi ser. Las pisadas de mi perseguidor suenan ahora muy fuertes. Y entonces silencio absoluto.

Tras unos segundos, que se me antojan eternos, ya no siento la áspera madera de ébano debajo mío, sino el reconfortante tacto del colchón de mi cama. Las sábanas y la manta están en el suelo desparramados. Durante varios minutos permanezco inmóvil, jadeando y me descubro a mí mismo llorando. Tengo frío y tiemblo, pero no quiero bajar de la cama. No quiero mover un solo músculo. Por suerte, pronto comienza a filtrarse una fina línea de luz por la ventana y por entre las agujereadas cortinas. Amanece, y sin embargo no puedo sentirme del todo aliviado, pues sé que esa misma noche volveré a la habitación de ébano.